

ANTONIO ROMERO MÁRQUEZ

“Un poeta ante el cataclismo”. Ignacio Caparrós. *LA VISIÓN DEL CATACLISMO*. Cáceres, Dip. Provincial. Colección Abezetario, 2004.

La palabra cataclismo que figura en el título de este libro no puede entenderse sino como una forma de nombrar lo innombrable. De nombrarlo o de enunciarlo. En este poemario en el que alterna el verso con la prosa, podríamos también decir que la –visión– es al mismo tiempo profecía y la profecía, poema. Aunque pueda ser razonable pensar que la especie, por no se sabe qué instinto de supervivencia, sí presiente la cercanía de la catástrofe (porque de hecho ya la vive), esa consciencia parece estar ausente de muchos individuos. El aturdimiento de nuestros contemporáneos parece atestiguarlo. O también cabe admitir que tratan de ignorarla. La convulsión del mundo en la actualidad confirma lo primero; el afán de escapismo, lo segundo. Por ello, ante tanta ceguera el poeta ha de convertirse en profeta.

Pasaron, con más pena que gloria, los tiempos de las florituras culturalistas, de los –semas– esteticistas, de la vaciedad palabrera. Esas supercherías no podían perdurar; la angustia, ante las sombras del presente, se adueña de nuestros corazones. Y el dolor que ella nos provoca, no nos encierra en nosotros mismos sino que nos abre a la vida. Los –poetas– que no lo entiendan así, están muertos; y hay que dejar que los muertos entierren a sus muertos.

En el poemario de Ignacio Caparrós no hay lloro, no hay suspiros. ¿De qué servirían? En su enunciado ya aparece contenido el lamento; pero la lógica poco puede decir del absurdo. Digamos simplemente que las imágenes, que para entendernos llamaremos surrealistas, lo describen a su modo. Y como todo lo más abominable puede ya predecirse, al menos como posibilidad, no cabe extrañarse que en este poemario sibilino

escrito al principio del milenio, se entrevean muchas de las cosas terribles después acaecidas. No faltan sabios que descreen en el Apocalipsis como un suceso, por así decirlo, fechado y espectacular. El apocalipsis está ya en curso. La depredación del planeta se acelera a causa de la superpoblación, el consumismo despilfarrador de los países ricos y del cambio climático que la actividad industrial genera. Estamos, como tantas veces, en manos de la fatalidad, pero con la diferencia de que esa fatalidad impulsa a la humanidad a una situación crítica tal vez sin retorno. Su final, tal vez lejano, se consumará con la realidad de un planeta desierto sembrado de escombros. La visión de Marte es ya una prefiguración y una referencia. En tanto que el advenimiento del nuevo milenio no deja de ser un símbolo.

A la angustia a igual que a la profecía le conviene un tanto de inconcreción. Yo no diría que sea posible de manera puntual anunciar tal cual acontecimiento; pero en este poemario se prefiguran tragedias como la de las Torres Gemelas, la guerra de Irak así como toda suerte de actos terroristas y catástrofes ecológicas. Si asistimos al desarrollo de lo que se ha llamado la Guerra de la cuarta generación, ¿cómo no cabe adelantar la hipótesis de que quienes la practican, si alcanzan a poseerlas, utilicen en su momento las armas nucleares? Cada vez será más notorio que estamos inmersos, con un incremento progresivo de ferocidad, en una guerra que se libra en las sombras, en una guerra en la que todos de una u otra forma somos beligerantes, en una guerra que por la lógica que le es inherente ha de conducir a la conculcación de los derechos humanos. Y en cuanto combatientes, todo somos objetivos y sospechosos. El aparato represivo y policial crecerá hasta un nivel insospechado.

El poeta no puede aportar soluciones porque de hecho no las hay. Nos propone una toma de conciencia cada vez más lúcida, un refugio en una especie de individualismo incandescente, torturador; una huida hacia el arte, huida imposible en un mundo en el que el arte no deja de ser una mercancía sujeta como tal al valor de cambio y a la publicidad. Es decir, una huida hacia algo que no tiene valor para la sociedad. Por ello aquí, aunque de otro modo, vuelven a chocar la realidad y el deseo. La rebeldía ante la realidad política se agota en sí misma por su nula incidencia en esa realidad; no obstante, el poeta subsume en ella su desesperación. Ocurre sencillamente que su voz no es oída, aunque le quede el consuelo de poder hablar. Estamos sin duda ante unos poemas patéticos. En ellos se critica –sería mejor decir se satiriza– a los políticos, a su sectarismo, a la farsa en la que revelan su inanidad las llamadas instituciones culturales por ellos alentadas. Pero no cabe esperar respuesta porque nadie se dará por aludido; se conjura al vacío. Al final sólo le queda al poeta, como con-

suelo, la asunción de su inevitable fracaso, la aceptación de esa –pasión inútil– en la que consiste su tarea. Su destino le conduce al nihilismo, al nihilismo absoluto.

Llegado a este punto, ¿qué puede retenerle en este mundo? Paradójicamente la misma poesía, o bien, la locura o el metódico desorden de sus sentidos. Pero Rimbaud hace mucho tiempo que se marchó a África. La visión del cataclismo, la vivencia de la desolación ¿pueden bastar por sí solas para salvar al poeta? ¿Puede su palabra sobreponerse al aullido del mundo? Falso el amor, ilusoria la fidelidad, víctima de la incomprensión y de la insidia, ante el vacío parloteo del aparato televisivo, el poeta acumula sus palabras, las aguza, las envenena, las arroja contra el mundo. Le queda al menos el consuelo de haber sido lúcido entre tanta necedad. Y luego, estoico, la espera del diluvio.